

PRÓLOGO

El 24 de junio de 1982 se produjo el secuestro de Juan José Hurtado Vega en la ciudad de Guatemala, por hombres armados no identificados, pero siguiendo órdenes oficiales. Este libro trata de su desaparición forzada y tortura bajo la dictadura del general Efraín Ríos Montt.

Juan José fue liberado luego de 35 días de cautiverio el 29 de julio del mismo año, saliendo unos días después al exilio. Se trata de un caso excepcional, porque fueron muy pocas las personas secuestradas y desaparecidas por el régimen militar en aquel período de la historia del país que sobrevivieron y pudieron contar, en primera persona, los vejámenes sufridos.

El “doctor Hurtado” –como lo nombraban los medios de comunicación y noticieros de la época– tenía 56 años cuando fue secuestrado. Se había graduado de médico y cirujano en la Universidad de San Carlos de Guatemala en 1951. Su primer trabajo lo llevó a San Juan Sacatepéquez para hacerse

cargo de la Colonia Infantil –un hospital para el tratamiento de niños enfermos de tuberculosis– y, a la vez, de la Unidad Asistencial de aquel municipio. Más tarde, se establecería en Quetzaltenango. Se especializó como pediatra en Suiza y regresó al país “revolucionando la atención pediátrica que en ese entonces era desconocida como disciplina dedicada a los niños, sus dolencias y su prevención”.¹

Definitivamente acerté al escoger la medicina como profesión. Es lo que más me ha gustado en la vida y me siento hasta la fecha claramente identificado con mis pacientes y con sus familias. Para mí, identificarme es ponerme en el lugar del paciente que está asustado por su enfermedad, que está preocupado, que está temeroso por su enfermedad y si va a salir bien. Es valorar sus aprehensiones, miedos y angustias. Los pacientes son diferentes entre sí, y con los que están más preocupados y temerosos, con ellos siento la necesidad de estar más cerca, relajándolos, haciéndoles sentir que yo soy un protector, alguien que les quiere ayudar, nunca un agresor. También es estar cerca de los padres, especialmente de la mamá, porque principalmente es ella quien está con el hijo o la hija y es con ella con quien me toca interactuar. También ella

1. Cofiño Ubico, Ernesto. “La obra médico-social del Dr. Juan José Hurtado Vega”, en diario *El Gráfico*, 2 de julio 1982.

está angustiada y, para tranquilizarla, le explico sencillamente qué es la enfermedad y qué vamos a hacer.²

Sus inquietudes humanistas lo llevaron a estudiar historia en la Facultad de Humanidades y, posteriormente, a hacer una maestría en Antropología en la Universidad de Kansas, Estados Unidos. Al momento de su secuestro se desempeñaba como catedrático universitario y secretario de la Facultad de Medicina de la Universidad Francisco Marroquín; atendía su clínica privada como pediatra en la zona 9 capitalina y, semanalmente, se trasladaba al Puesto Auxiliar de Socorro de San Juan Sacatepéquez que había creado después del terremoto de 1976 y donde para 1982, además de brindar atención médica y dental, se desarrollaba un programa de nutrición en 15 aldeas de aquel municipio, acudiendo a metodologías innovadoras que se apoyaban en el teatro y el video. En ese mismo centro había construido una modesta maternidad donde la familia podía permanecer junto a la madre y se valoraban y acogían los saberes y la labor de las comadronas.³

Años más tarde reflexionaría:

Cuando empecé a trabajar en San Juan Sacatepéquez reconocí que no estaba en mi realidad individual,

2. “Juan José nos cuenta”, entrevista inédita realizada por Leonor Hurtado Paz y Paz, 2005.

3. El Puesto Auxiliar de Socorro y la Maternidad creados por Juan José Hurtado en San Juan Sacatepéquez funcionaron en una casa de campo de su propiedad.

también que estaba muy lejos de lo que había aprendido. Esa práctica me llevó a afrontar un sistema médico diferente, a conocer que existía una medicina tradicional con comadronas y curanderos, un sistema muy distinto al que me habían enseñado. Entonces también entendí lo que era discriminación, aunque no con esa palabra. Comencé a darme cuenta de lo que era cultura, diferencia étnica y costumbres tradicionales. Todo esto lo viví, aunque lo llegué a comprender y nombrar con propiedad treinta años después, cuando estudié antropología.

La antropología revolucionó mis conceptos en general. Oí hablar de cultura, hábitos, tradiciones, comportamiento aprendido. Esto me ayudó a comprender la vida del ser humano. Es hasta entonces cuando comienzo a vincular el estudio con mi carrera. Empiezo a visualizar todo de otra manera y la misma visión de mi práctica médica se transforma. De allí se deriva mi interés en estudiar la maestría en antropología médica.⁴

Si bien sus ingresos provenían en lo fundamental de su ejercicio profesional como pediatra en su clínica privada, su experiencia inicial de estudiante de medicina con docentes de excelencia —como los doctores Monzón Malice, Ernesto Cofiño, Alarcón y Salvador Aguado—, lo motivó a ser docente. Se inició dando clases de antropología como catedrático

4. “Juan José nos cuenta”, entrevista inédita realizada por Leonor Hurtado Paz y Paz, 2005.

sustituto temporal de Joaquín Noval en la Universidad de San Carlos, pasando más tarde a ser catedrático titular de antropología médica en la Universidad del Valle de Guatemala y la Universidad Francisco Marroquín, y en la Escuela de Nutrición y la Escuela de Enfermería en distintos períodos, pero ya nunca abandonó la docencia, ejerciéndola hasta el año 2018, a sus 92 años.

Hay cosas que conozco práctica o intuitivamente y al leer un libro las encuentro ordenadas. Entonces me satisface ver que otras personas también las han observado y las han ordenado, tal vez mejor que yo, otras veces me parece más acertada la forma como yo las entiendo y analizo. Explorar, buscar, comprender, ordenar y sistematizar es lo que disfruto al prepararme para la docencia. Eso aviva mi curiosidad, interés y deseo de encontrar lo nuevo. Posiblemente esa sea mi meta, transmitir a los estudiantes esa inquietud, ese deseo de comprender, aprender y hacer; si lo logro, he cumplido mi función.

La preparación de sus clases, la permanente búsqueda de metodologías innovadoras y la interacción con los estudiantes se convirtieron en eje central de su actividad como docente. El interés constante por ampliar sus horizontes y adquirir nuevos conocimientos –alimentado y compartido por Elena, su esposa–, lo llevarían en el transcurso de los años también a la arqueología, al arte, a la música clásica y el piano, a la navegación a vela. En su calidad de médico se ofreció a acompañar la expedición arqueo-

lógica de la Universidad San Carlos a Dos Pilas en Petén, misión dirigida por Luis Luján Muñoz y Carlos Navarrete, junto al acuarelista Antonio Tejeda.

Para 1982, más de 30 años de ejercicio profesional para entonces, su paso por las aulas de distintas universidades y su dedicación al servicio médico privado y comunitario lo habían convertido en un médico conocido y de prestigio. Se trataba, en realidad, de un profesional reconocido y muy querido entre distintos estratos de la sociedad guatemalteca. De manera que no fue casual que, cuando ocurrió su secuestro, sectores sociales muy diversos se pronunciaron demandando conocer su paradero y exigiendo al gobierno su liberación, a través de cartas abiertas, publicaciones en campos pagados, telegramas, misas y hasta un hermoso poema de una paciente, calzado con la exigencia: “¡Dejen ver a Juan José, déjenlo defenderse!”⁵

Elena María, la hija mayor y la única viviendo abiertamente en el país en 1982, acompañó a su madre en los días inmediatos al secuestro. Desde un inicio, se trazó la estrategia de que todos los días la desaparición de su padre apareciera en los titulares de noticieros y periódicos, mañana, tarde y noche.

5. “Las palabras fueron creadas por el hombre”, Poema para mi querido doctor, publicado en campo pagado en *Prensa Libre*, *El Gráfico* y *El Imparcial* el 20 de julio 1982, por Brenda Picciotto de Rosembaum.